

ALFONSO GÓMEZ MORENTÍN, CONFIDENTE Y AMIGO
DE FRANCISCO VILLA

UN AUDAZ PLAN DE FRANCISCO VILLA
Durante sus actividades rebeldes contra Carranza,
intentó capturar al presidente “en la mera capital”;
fracasa el proyecto

CAPÍTULO II

Cuando Alfonso Gómez Morentín y José María Jaurrieta llegaron al lugar donde se encontraba el general Francisco Villa en la Sierra de Santa Gertudris, el guerrillero duranguense estaba acompañado del coronel Trillo, su secretario particular, y de tres personas más.

Desde el punto donde estaba el general se dominaba un pequeño valle, único paso para ascender a la Sierra de Santa Gertudris.

La proximidad de los dos comisionados y del grupo que los acompañaba había sido observado por Villa desde una o dos horas antes.

El convencionismo

Faltaban dos días para que se cumpliera el plazo de seis semanas dado a Jaurrieta y a Gómez para el desempeño de sus comisiones. Por las condiciones observadas en torno del improvisado campamento, se desprendía que el general Villa había llegado a aquel lugar dos o tres días antes.

El general no podía ocultar su alegría; sólo muchas y buenas noticias habrían podido influir en él para hacerlo aparecer como un hombre feliz.

Abrazó cariñosamente a sus dos comisionados y, tomándolos del brazo, los llevó a un lugar apartado y les dijo con tono de satisfacción:

—*Tengo un plan para capturar a Venustiano Carranza... ¡en la mera capital!*

Los ojos del guerrillero relampagueaban; por su frente inmensa, tostada por los rayos del sol, parecía correr rápidamente una porción de pensamientos; la voz, los ademanes con que había acompañado sus palabras, revelaban que la resolución era definitiva; que en el plan que se había forjado había reflexión y audacia.

En la cumbre de una montaña, a muchas leguas de distancia de la Ciudad de México, las palabras dichas por aquel hombre hubieran causado risa, si el hombre no hubiera sido Francisco Villa.

Aunque ni Gómez ni Jaurrieta hicieron gesto alguno que pudiera significar duda, el guerrillero, para dar mayor consistencia a su proyecto, agregó con énfasis:

—*Ya Trillito y yo tenemos el plan listo...*

El general Villa hizo una grave pausa, y pareciendo recordar que aquellos dos subordinados tenían que rendirle cuenta de las comisiones que les había conferido, dijo con sequedad:

—*Ríndanme cuenta de sus comisiones.*

INFORMAN LOS COMISIONADOS

Los tomó nuevamente del brazo llevándolos hasta el lugar donde se encontraban el coronel Trillo y otras personas; los hizo sentar sobre un cobertor tendido en el suelo y escuchó, primero a Jaurrieta, y después a Gómez Morentín.

Cuando Jaurrieta terminó de informar, dijo al guerrillero:

—*Mi general, la prensa americana ha publicado varias noticias de fuente carrancista, diciendo que usted ha sido abandonado por la gente y que lo han visto pasar por varios pueblos acompañado por sólo cinco hombres.*

Villa lanzó una fuerte carcajada.

—*Eso era lo que yo quería* –exclamó riendo con más fuerza.

Luego pidió a Gómez Morentín que le informara sobre el resultado de su comisión. Gómez le entregó las cartas de que era portador. Villa quedó pensativo un momento y después preguntó:

—*Gomitos, ¿vio usted a Díaz Lombardo?*

—*Sí, mi general.*

—*¿Y qué dijo?*

Tanto él como el general Ángeles y los miembros de la junta me recomendaron que hiciera ver a usted la necesidad de que aprobara a la mayor brevedad un nuevo plan, cuyo proyecto le traigo entre la correspondencia.

—*¿Y qué dice el nuevo plan?* –interrogó vivamente el guerrillero.

El comisionado informó al general detalladamente sobre los asuntos que habían sido tratados durante la reunión a la que habían asistido en Nueva York, dándole a conocer los puntos de vista del nuevo plan, expresados por los miembros de la junta.

—*Bueno, ora léeme ese plan* –ordenó el general.

Gómez Morentín cumplió los deseos del guerrillero, quien a cada artículo del plan interrumpía al lector, diciéndole:

—*Gomitos, Gomitos, “barajámela” más despacio... A ver, de nuevo, léeme eso...*

Cuando terminó la lectura del plan, Villa comentó:

—*Bueno; ya lo discutiremos cuando vengan los muchachos* –y con mayor atención siguió la lectura de las cartas traídas por su subordinado.

SU PLAN PARA CAPTURAR A CARRANZA

Durante el resto del día, el general se mostró todavía más contento. Tendido sobre el cobertor, dio a conocer los planes para marchar hasta la Ciudad de México y capturar al presidente de la República, Venustiano Carranza.

—*Ya lo tengo todo bien estudiado con Trillo* –explicó el general antes de dar a conocer los detalles de su proyecto.

Sonriente, empezó a decir: después de discutir y aprobar con sus lugartenientes el plan propuesto por la junta de Nueva York, escogería de entre su gente a los cincuenta hombres considerados como más fieles y valerosos. Al mismo tiempo, el coronel Trillo y José María Jaurrieta, disfrazados de ranche-

El convencionismo

ros marcharían a la estación del ferrocarril más próxima, de donde saldrían con destino a la Ciudad de México. Trillo y Jaurrieta, haciéndose pasar por ricos rancheros provincianos, comprarían en el pueblo de Tacuba un mesón viejo con corralón capaz de tener lugar para acomodar más de cincuenta bestias. Propietarios del mesón, los villistas harían viajes constantes por los estados de Hidalgo, México y Puebla, para comprar mulas y caballos.

—*El objeto de esos viajes para mercar caballos y mulas* —explicó el general Villa— *es que Jaurrieta y Trillito sean perfectamente conocidos como mesoneros y vendedores y compradores de bestias.*

Agregó el guerrillero que, mientras tanto, él, acompañado de sus cincuenta hombres perfectamente escogidos, iría por tierra desde el estado de Chihuahua hasta el Distrito Federal Para no llamar la atención, los cincuenta villistas, fraccionados en grupos y por distintos caminos, se harían pasar por miembros de las Defensas Sociales.

Villa iría como simple soldado. Los cincuenta villistas se reunirían en un punto de la sierra del Estado de México a donde para no provocar sospechas, seguirían haciéndose pasar por defensas sociales.

Desde el mismo punto, en grupos de tres y cuatro, se dirigirían al pueblo de Tacuba, hospedándose como simples rancheros en el mesón de Trillo y Jaurrieta. En menos de una semana estarían todos los villistas en el mesón.

Un agente del general Villa en la Ciudad de México encargaría a una sastre cincuenta uniformes exactamente iguales a los usados por los soldados de las guardias presidenciales. Según los informes que el general había recibido de sus agentes en la capital de la República, el presidente Carranza, acompañado de dos o tres ayudantes, todos los días, en la mañana, paseaba a caballo por el bosque de Chapultepec.

—*Cuando ya estemos todos en el mesón de Trillito* —terminó diciendo el guerrillero—, *nos vestiremos de guardias presidenciales; montaremos a caballo y paso a paso nos iremos de Tacuba hasta Chapultepec, a la hora que sepamos que Carranza anda en su paseo. Lo demás no se los cuento, porque ya comprenden lo que voy hacer...*

COMIENZAN A REUNIRSE LOS ANTIGUOS VILLISTAS

El general se incorporó, como movido por la misma fuerza con la que dijo sus últimas palabras.

Hizo una pausa y luego, volviéndose al coronel Trillo, le dijo:

—*Trillito, alístese para que se vaya a México con Jaurrieta.*

Trillo preguntó si lo mismo podía comprar un mesón en Tacuba que en el pueblo de Atzacapotzalco.

—*Será mejor en Tacuba, Trillito* —contestó el general— *porque daremos menos tiempo a que descubran que las guardias presidenciales no son de las buenas...*

En ese momento, uno de los acompañantes del general, que se encontraba de vigilancia en la parte más alta de la montaña, se acercó al grupo y dirigiéndose a Villa, le informó:

—*Mi general, una polvareda al oeste.*

—*¿Al oeste* —preguntó rápidamente el guerrillero.

—*Sí, mi general.*

—*Bueno, ha de ser Albino Aranda; que manden unos exploradores...*

Villa continuó hablando con entusiasmo sobre el proyecto de capturar a Carranza en la propia capital de la República. En el curso del mismo día fue recibiendo informes de los vigías:

—*Mi general* —decía el vigía—, *una polvareda al sur*

—*Bueno, ha de ser Nicolás; que manden unos exploradores...*

El general Nicolás Fernández durante el tiempo que el general Villa había suspendido la campaña para dar descanso a sus hombres y a la caballada, y para preparar nuevos planes, había permanecido en la región del Río Florido.

—*Mi general* —volvió a informar el vigía—, *hacia allá, hacia el rumbo de Durango.*

—*Bueno, ha de ser Lencho Ávalos...* —respondía el general—, *que manden unos exploradores.*

Y poco después, los exploradores regresaban para dar cuenta al general de que los grupos que llegaban eran de villistas. Y en efecto, del oriente llegaba Albino Aranda; del sur, Nicolás Fernández; del norte, Martín López; del poniente, Lorenzo Ávalos.

Los villistas llegaban al campamento de su general llenos de entusiasmo para reemprender la lucha. Cada grupo que llegaba prorrumpía en vítores al guerrillero, quien, dando muestras de gran satisfacción, saludaba a sus muchachos.

El convencionismo

LA MARCHA DE “CODORNICES”

Seis semanas después de haber quedado acompañado solamente por cinco hombres, el general Villa tenía bajo sus órdenes de mil quinientos a dos mil hombres.

Con el descanso de seis semanas, aquellos dos mil hombres eran capaces de hacer lo que no haría un cuerpo de ejército, después de una campaña de un año.

Antes de partir para reiniciar la campaña, el guerrillero celebró una junta con sus lugartenientes, interrogándolos sobre las novedades ocurridas en las seis semanas de descanso. Con especial interés preguntó si faltaban algunos de sus hombres, si la caballada estaba en buenas condiciones, si las dotaciones de parque estaban completas y si tenían conocimiento de las actividades de los federales. Escuchó todos los informes y sin hacer comentarios, dio órdenes de marcha. Nadie sabía el rumbo que el general seguiría en la nueva aventura.

Cuando la columna inició la marcha, Villa ordenó a sus lugartenientes:

—*Ahora, muchachos, como codornices.*

La marcha de “codornices” era una nueva táctica de guerrilla ideada por el general. En lugar de que los hombres marcharan unos tras de otros sobre los inmensos llanos del estado de Chihuahua, se extendían en línea horizontal.

Villa había descubierto que marchando en esta forma, la columna no levantaba polvareda, evitando así denunciarse ante los destacamentos de fuerzas federales que sin advertir el peligro, eran fácilmente atrapados.

En la marcha al sur, el guerrillero ordenó que se evitara el paso por las rancherías de cierta importancia, llegando así hasta Río Florido, donde un destacamento federal fue sorprendido.

ES FIRMADO EL PLAN DE NUEVA YORK

Ya en Río Florido, el general Villa convocó a una junta a los jefes y oficiales de sus fuerzas. Villa ordenó al coronel Trillo que leyera el proyecto de plan formulado por la junta de Nueva York.

Los jefes y oficiales escucharon silenciosamente la lectura del documento. Como nadie hiciera objeciones, el general preguntó a sus lugartenientes:

—¿Pos qué nadie tiene qué decir?

Nadie respondió, y el general, dirigiéndose a Martín López interrogó:

—A ver, Martín, y ¿qué te parece ese plan?

—Que está muy bien, mi general.

El guerrillero se rascó la cabeza y volviéndose a Lencho Ávalos, le dijo:

—Lencho, ¿qué te parece el plan? ¿Qué dices de la Constitución de 1857?

—Mi general, que yo no sé mucho de constituciones, pero desde el momento en que Carranza la abolió, quiere decir que era buena.

—Bueno, ¿entonces están dispuestos a firmar este plan? —preguntó Villa y, sin esperar la respuesta, ordenó a su secretario particular que les proporcionara pluma y tinta para que todos pudieran estampar sus firmas.

Cuando el Plan de Río Florido estuvo firmado, el general ordenó que la gente fuera reunida para que Trillo le diera lectura al plan. Al terminar la lectura del documento, la tropa prorrumpió en aclamaciones al general Villa.

LA INICIACIÓN DE LA GRAN AVENTURA

Antes de que los revolucionarios se dispersaran, el general se acercó a Nicolás Fernández y a Martín López, diciéndoles:

—Hoy mismo salgo con cincuenta muchachos de mi escolta pa' una exploracioncita.

Enseguida, el general llamó a Trillo y a Jaurrieta, dándoles las instrucciones necesarias para que marcharan a la Ciudad de México y cumplieran la parte del proyecto que les correspondía cumplir. Ese mismo día en la noche, el coronel Trillo y Jaurrieta se despidieron de su jefe y de sus amigos y, acompañados de dos guías, salieron con rumbo al oriente, para llegar a una estación ferrocarrilera donde continuarían hasta la capital de la República.

Cuando los dos comisionados marcharon, el general llamó a Gómez Morantín y le dijo:

—Gomitos: alístate para que mañana te vayas para Nueva York llevando a Díaz Lombardo unas cartas que te voy a dictar. A nadie, ni a la almohada, debes confiar mis proyectos. Si cojo a Carranza, yo mismo te avisaré de la capital a dónde debes reunirte conmigo, y si la empresa fracasa, deberás estar exactamente dentro de ocho semanas en la región de San José del Sitio. Cuando llegues a El Paso tendrás instrucciones precisas.

El convencionismo

A pesar de que ya había entrado la noche, el general dictó a Gómez Morentín varias cartas dirigidas a sus amigos en los Estados Unidos, y una muy extensa para el licenciado Miguel Díaz Lombardo, devolviéndole el original del plan, ya firmado, y sugiriéndole la conveniencia de que fuera firmado por los miembros de la junta de Nueva York. Al terminar de dictar las cartas Villa celebró una junta con sus lugartenientes.

En las primeras horas del día siguiente, el guerrillero se encontraba ya en pie. Revistó a los cincuenta hombres que lo iban a acompañar en la gran aventura; los hizo montar, examinando personalmente las cabalgaduras de todos; les pidió informes sobre la dotación de parque que tenían y, sin despedirse de nadie, momentos después partió al galope, seguido de su gente con dirección al poniente, rumbo al norte del estado de Sinaloa.

Cuando el guerrillero partió, los revolucionarios que quedaban a las órdenes de López, de Fernández, de Ávalos y de Aranda, estaban listos para la marcha.

Alfonso Gómez Morentín, acompañado de un grupo de siete hombres, salió hacia el norte, pudiendo ver antes cómo Villa, seguido de sus cincuenta valientes, desaparecía rápidamente hacia el poniente, quizás con el objeto de evitar la sospecha de un viaje hacia el sur.

EN NUEVA YORK

Veinte días después de haber abandonado la región de Río Florido, Alfonso Gómez Morentín llegó a Nueva York, entregando a los miembros de la junta revolucionaria presidida por el licenciado Miguel Díaz Lombardo las cartas del general Francisco Villa.

En una carta enviada a Díaz Lombardo, el guerrillero decía estar dispuesto a abandonar la guerra de guerrillas y emprender una lucha decisiva contra Carranza, conforme a lo establecido en el plan firmado en Río Florido. La aprobación del Plan de Río Florido por el general Villa causó gran satisfacción a los miembros de la junta, especialmente al general Felipe Ángeles.

Durante una reunión especial a la que fue invitado Gómez Morentín, el licenciado Díaz Lombardo sugirió la conveniencia de que el general Ángeles marchara a territorio mexicano para incorporarse a las filas del nuevo ejército revolucionario que se llamaría “Ejército Reconstructor Nacional”.

El general Ángeles apoyó vivamente la idea, indicando que inmediatamente marcharía a México. Sin embargo, tanto Díaz Lombardo como otros miembros de la junta lo hicieron desistir de su propósito, explicándole la conveniencia de que fuera el general Villa quien lo invitara para combatir a su lado.

Ángeles desistió al fin, quedando conforme con la sugestión hecha por varios miembros de la junta de que Gómez Morentín hablara con el guerrillero sobre la necesidad de que el ex director del Colegio Militar se reincorporara a las filas revolucionarias.

Cumplidas las órdenes del general Villa, Gómez Morentín abandonó Nueva York, dirigiéndose a El Paso para cumplir con los últimos encargos.

SERIOS TEMORES POR LA SUERTE DE VILLA

Un mes había corrido desde el día que el general Villa, acompañado de cincuenta hombres, había emprendido el viaje por tierra a la Ciudad de México, donde por medio de un golpe de audacia pretendía capturar al presidente de la República, Venustiano Carranza.

Gómez había cumplido el compromiso de no revelar “ni a la almohada” la ventura del general y desesperaba de no tener noticia alguna a este respecto. Trabajando empeñosamente en las comisiones que le habían conferido, llegó el día del regreso.

Una enorme inquietud se apoderó del comisionado en los últimos días de estancia en El Paso, y cuando una noche, en compañía de dos villistas, salió de la ciudad fronteriza para dirigirse a un punto al norte, donde cruzaría la línea para continuar hasta la región de San José del Sitio, temió por vez primera que algo grave hubiera ocurrido al general Villa, ya que los más convencidos partidarios del guerrillero en El Paso, le habían hecho saber los grandes temores que tenían de que al general le hubiera ocurrido algún percance, ya que hacía muchas semanas que no se tenían noticias de su paradero.

Al cruzar la línea divisoria y en un punto señalado de antemano por medio de los agentes villistas en El Paso, Gómez Morentín se encontró con un grupo de gente armada, que ya lo esperaba.

Gómez interrogó al jefe del grupo sobre el paradero del general Villa, pero el jefe de la partida le contestó:

El convencionismo

—*Señor Gomitos, hace dos meses que recibimos órdenes de mi general López, para esperar a usted precisamente hoy en este punto; no sabemos más, y ahora tengo que llevarlo al lugar donde me ordenó mi general López.*

Gómez se tuvo que conformar con ser conducido hasta la región de San José del Sitio, donde esperaba tener noticias exactas sobre el resultado de la aventura del general.

UNA SORPRESA

Después de varias jornadas, hechas por los más extraviados caminos, la partida revolucionaria llevó al enviado del guerrillero a un pequeño campamento plantado en lo más intrincado de la Sierra Madre.

Otro grupo se encontraba en el pequeño campamento, acompañado del cual, Gómez Morentín continuó de marcha hacia el sur después de un pequeño descanso. Cuarenta y ocho horas después de haber salido del pequeño campamento, en un recodo del camino, Gómez Morentín se encontró frente a frente con el general Francisco Villa, quien montado a caballo y acompañado de dos hombres, sonreía.

—*iMi general!* —exclamó Gómez Morentín, sin volver de la sorpresa.

—*iQuikubo, Gomitos! Han venido muy despacio; desde hace dos horas los vi allá abajo* —contestó el guerrillero, señalando un pequeño valle cruzado por un pequeño arroyo y donde, en efecto, dos horas antes Gómez Morentín había tomado un baño.

Y sin decir una palabra más, el guerrillero volvió grupas y, apretando los ijares de su caballo, marchó al trote por un ancho y pendiente camino que terminó en la parte más elevada de un cerro cubierto de vegetación y desde el cual se podían ver varios ranchitos plantados en un pintoresco valle.

Villa dejó el caballo y, acercándose al borde de un precipicio, tomó los gemelos de campaña y observó atentamente el valle durante varios minutos.

Interrumpió la observación, y entregando los gemelos a Gómez, dijo:

—*Mira aquella polvareda al sur, Gomitos; son los “changos” que me vinieron persiguiendo; pero los dejé muy lejos.*

Y riendo, mientras que Gómez pretendía descubrir con los gemelos el punto indicado, comentó:

—*Hasta ahí les dejo mis huellas...*

EL FRACASO DEL PLAN PARA CAPTURAR A CARRANZA

Villa Tomó del brazo a Gómez Morentín y, haciéndolo sentar sobre una enorme piedra desde donde podía continuar observando los movimientos de los federales, refirió el resultado de la gran aventura que había llevado a cabo.

—Todo hubiera ido muy bien, Gomitos, a no ser por esos malvados guías que de Aguascalientes p'allá no supieron llevarme por caminos desconocidos para los carrancistas, y ya mero me entregaban en dos o tres veces en manos del enemigo; yo andaba muy incómodo porque esos no son terrenos míos; ahora lo confieso, Gomitos...

El general volvió a observar, llamó a uno de sus hombres para que saliera a hacer una exploración, y continuó el relato de su aventura:

—Haciéndonos pasar por defensas sociales de Durango, cruzamos todo el estado; pasamos rozando San Juan del Río y Nombre de Dios, y llegamos casi a Sombrerete; de Sombrerete nos remontamos a la sierra, donde descansamos una semana, y luego seguimos haciéndonos pasar por defensas sociales de Zacatecas. El paso por Zacatecas fue muy pesadito, porque empecé a encontrar la falta de buenos guías. Un guía nos hizo crearle mucha confianza, y aunque soy enemigo de las confiancitas, cuando abrí los ojos estábamos casi a las puertas de Villa Nueva, donde había un destacamento federal que nos hubiera agarrado de sorpresa. Cruzamos la vía del ferrocarril por cerca de Rincón de Romos y ahí empezó lo malo, Gomitos: ya no había guías. Nadie nos quería llevar pa' delante. Ya andaba desanimadito, pero por fin me resolví a seguir por nuestra cuenta. Anduvimos muchos días por la sierra, evitando pasar hasta por las rancherías, hasta que empecé a ver que habíamos perdido la partida y que la capital nos quedaba todavía muy lejos. Descansamos varios días en un punto cercano a los límites de Zacatecas con Guanajuato y San Luis Potosí y luego emprendimos la vuelta. Fracasamos, Gomitos; pero si hubiera tenido guías, no fracasamos, Gomitos, y hubiéramos dado el golpazo en la mera capital. Así que ahora vamos a esperar a los muchachos para emprender una batida de Durango.

Después el general Villa quedó taciturno. Parecía estar clavado en el suelo. De vez en cuando tomaba los gemelos y buscaba la polvareda en el pequeño valle que se extendía al sur y a varios cientos de metros abajo del campamento.

El convencionismo

UNA TANTEADA A LOS “CHANGUITOS”

—*En la vuelta* —dijo el general, rompiendo al fin el silencio— *ya no la pudimos pegar como defensas sociales, porque sentí que habían movilizado varias columnas volantes de changuitos sobre nosotros. Ahí por el estado de Durango nos dimos un agarroncito con federales, pero no les quise hacer mucho frente, porque la caballada venía cansada. Como venían pisándonos los talones, resolví borrar nuestras huellas. ¡Ay, Gomitos, cómo me he reído de los changuitos!... Por ahí por la región del Florido agarramos el caminito, dejando las huellas de nuestros caballos y les hice una estratagema que me ha hecho reír hasta que ya. Me conseguí cuatro burritos y les amarré en el lomo unas ramas de árbol hasta el suelo. Nosotros íbamos adelante y los burritos atrás, y con las ramas que arrastraban borraban por completo nuestras huellas. Así anduve como media legua y luego me embosqué para ver qué resultado daba la estratagema. Pasó lo que había pensado que pasaría. Los federales llegaron hasta donde estaban nuestras últimas huellas y luego se encontraron con que ya no había nada. Yo los miraba desde un cerrito, mientras que mi gente seguía caminando con mucha ventaja. Los changuitos se volvieron locos de no encontrar más huellas, hasta que al fin, creyendo que yo me había devuelto por el mismo camino, se regresaron hacia el rumbo que traían... ¡Cómo me he reído, Gomitos! Nomás por eso me quedé contento del viajecito. ¡Lo que aprende uno con los años! ¡Nunca se me había ocurrido despistar así a los changuitos! ¿Qué te parece, Gomitos? ¿Qué te parece?*

Nuevamente quedó el general en silencio. Una preocupación parecía asaltarle; no perdía de vista la polvareda que se levantaba en el valle y una vez estaba muy al poniente y luego muy al sur y por fin avanzaba hacia el norte.

—*Esos federales siguen empeñados en descubrir mis huellas... Yo creía que eran defensas sociales; pero ahora estoy seguro que son federales. Las defensas sociales, como rancheros, caminan más separados y las nubes de polvo son menos gruesas; los changuitos se descubren mucho al enemigo y van siempre uno tras otro. Temo que si no se van ora mismo, téngamos que batirlos mañana, porque mañana va a empezar la concentración de mis muchachos y habrá que darles un empujón para que me dejen abierto el camino al sur.*

Villa continuó observando hasta ya avanzada la tarde, hasta que la polvareda se perdió completamente hacia el oriente.

—*Perdieron las esperanzas...* —comentó el general, sin perder de vista la polvareda que se perdía lentamente en el extremo oriente del valle.

COMENTANDO LOS PROPÓSITOS DEL GENERAL ÁNGELES

Cuando el general quedó satisfecho de su observación, llamó a Gómez Morentín y le ordenó que le leyera las cartas que había traído de Nueva York y El Paso, al mismo tiempo que enviaba a dos individuos para que fueran a la ciudad de Chihuahua a depositar un telegrama dirigido al mesón Trillo–Jaurrieta a fin de que la pareja abandonara la empresa y regresara a reunirse con los revolucionarios.

Gómez leyó la correspondencia que había traído y, al terminar, el general le pidió que le contara detalladamente lo que había visto y oído cerca de los villistas que se encontraban refugiados en los Estados Unidos.

Fue este el momento aprovechado por Gómez Morentín para darle a conocer las opiniones de los miembros de la junta de Nueva York sobre la organización del Ejército Reconstructor Nacional, y, sobre todo, a propósito del proyectado regreso del general Felipe Ángeles.

—*Y ¿qué dijo el general Ángeles del plan?* —interrogó vivamente Villa.

—*Pues mi general Ángeles fue uno de los que lo redactaron* —contestó Gómez.

—*Con que vamos a ver, Gomitos, con que el general Ángeles se quiere venir conmigo.*

—*Sí, mi general; y los miembros de la Junta creen que mi general Ángeles puede ser de gran utilidad en la organización del Ejército Reconstructor. Todos opinan que tiene una gran habilidad como organizador y que conoce al dedillo los reglamentos militares* —agregó el enviado.

—*Sí; Ángeles conoce muchas cosas que yo no conozco...* —comentó el guerrillero, y clavando la mira en Gómez, preguntó:

—*Y ¿tú qué crees Gomitos?*

—*Que mi general Ángeles nos sería muy útil, mi general.*

—*Pos sí; el general Ángeles es muy útil, sabe mucho de leyes, pero no por tanto saber nos haga lo que nos hizo en Monterrey y en León...*

DOS DISGUSTOS

Y el guerrillero, serenamente, refirió a Gómez los dos disgustos principales que durante la campaña de 1915 había tenido con el general Felipe Ángeles.

El convencionismo

El primer disgusto serio entre los generales Villa y Ángeles ocurrió cuando, como consecuencia de un alarmante mensaje firmado por el ex director del Colegio Militar, quien se encontraba en Monterrey, el guerrillero suspendió la ofensiva sobre las fuerzas carrancistas a las órdenes del general Manuel M. Diéguez, en el estado de Jalisco, para marchar en auxilio de las fuerzas convencionistas que se encontraban en Monterrey.

Alarmado por el avance de los carrancistas sobre el estado de Nuevo León, el general Ángeles envió el mensaje al general Villa. Éste llegó a Monterrey, ciudad que según el mensaje de Ángeles parecía estar sitiada, encontrando que el enemigo se encontraba bien distante y que la plaza no estaba seriamente amagada.

El general Villa reclamó a Ángeles el que le hubiera enviado tan alarmante mensaje, a lo que el ex director del Colegio Militar contestó más o menos en estos términos, según el guerrillero refirió a Gómez Morentín:

—Mi general: conforme a los artículos tanto más cuantos de la ordenanza militar, esta plaza debería estar guarnecida para poder defenderse con eficacia del enemigo por tanto más cuantos hombres, y solamente tengo a mis órdenes un número apenas suficiente para defender una plaza de tales proporciones. Además la ordenanza manda que el soldado en campaña deberá tener seiscientos cartuchos y actualmente sólo tenemos trescientos por plaza, lo que quiere decir que estamos imposibilitados para detener la ofensiva carrancista.

El general Villa, profundamente disgustado, contestó a Ángeles:

—¡General, aquí no estamos con ordenanzas del ejército; somos soldados revolucionarios y lo de las ordenanzas nos sobra!

El incidente terminó con un fuerte altercado. Explicando el incidente a Gómez Morentín, el guerrillero comentó:

—Yo no quise seguir disgustándome con el general Ángeles, porque soy su admirador y más que nada porque fue leal amigo de Maderito.

EL SEGUNDO DISGUSTO

El segundo incidente que produjo la quiebra completa entre Villa y Ángeles, ocurrió a raíz del combate de León. En los momentos más duros, el general Villa advirtió a Ángeles que se iba a hacer cargo de todas las caballerías, con las cuales daría un golpe en la retaguardia de las tropas carrancistas.

—*Mi general, usted quedará como jefe de las infanterías. Usted detiene las desesperadas cargas que darán los carrancistas al sentirse retaguardiados y eso será suficiente para que la victoria sea nuestra* —ordenó Villa durante el famoso combate, a Ángeles.

Villa dio la terrible carga, pero las infanterías no pudieron resistir los desesperados esfuerzos que los constitucionalistas hicieron para derrotar a las tropas de Ángeles y luego iniciar la contraofensiva sobre las caballerías de Villa. Después del combate de León, el general Ángeles se retiró tristemente al estado de Chihuahua y poco después cruzó la frontera de los Estados Unidos.

Cuando el guerrillero terminó de referir a Gómez Morentín la causa por la cual Felipe Ángeles había marchado a los Estados Unidos, dijo:

—*Pos ya ves, Gomitos, todo lo que ha pasado; pero te digo que yo sigo siendo amigo y admirador de mi general Ángeles. Nomás que pase esta campaña que vamos a hacer en Durango, te vas pa' Nueva York y le dices a Ángeles que ya sabe que cuenta con un buen amigo y que se venga pa' que nos ayude en la organización del ejército... ¡A ver qué nos trae de nuevo ahora!*

DE NUEVO CON LOS MUCHACHOS

Al día siguiente, al igual que en la iniciación de la campaña anterior, un vigía apostado en lo más alto del cerro, informaba al general Villa:

—*Mi general, una polvareda al norte.*

—*Es Martín; manden unos exploradores a reconocer a la gente.*

—*Mi general, una polvareda al sur.*

—*Ha de ser Lencho Ávalos; manden unos exploradores a reconocer a la gente.*

Y unas cuantas horas después, el general se encontraba rodeado de sus antiguos muchachos, que, llenos de entusiasmo, regresaban a la lucha. El guerrillero fue saludado jubilosamente por los revolucionarios, y luego celebró una larga conferencia con sus lugartenientes.

Dos días después empezó la guerra de guerrillas que llevó a los villistas hasta el estado de Durango.

Magazín de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 8 de marzo de 1931, año v, núm. 174, pp. 6-7, 15.